



ASOCIACIÓN CULTURAL CTV TEATRO

(Colectivo de Teatro Vistazul)

Severo Ochoa, 46 41702 DOS HERMANAS (Sevilla)

Teléfonos: 95-567-87-58 - 610-71-41-12

Web: www.ctvteatro.com E-mail: ctvteatro@ctvteatro.com

**LAS INYECCIONES O EL DOCTOR CLEOFÁS
UTHOF ES MEJOR QUE VORONOF**

de

PEDRO MUÑOZ SECA

LAS INYECCIONES Ø EL DØCTØR CLEØFAS UTHØF VALE MAS ØUE VØRONØF

REPARTO

Personajes

LOLA
FURCIANA
DOÑA CARMEN
AMERICANA 1.^a
DOROTEA
EL PENSAMIENTO.
EL TULIPÁN
CLEOFÁS
TOLOMEIO
URNIETA
MAURICIO

AMERICANAS, AYUDANTES Y FLORES: Señoritas Casanovas, Evalina, Ros, Quirós, Fifi, Martínez, Díaz Alonso, Dolader, Rodríguez, Wanda y Perucho.

APUNTADORES: Angel Moreno y Alberto Tapia.

ACTO ÚNICO

Gabinete de consulta en casa del doctor Uthof. Puerta de entrada en el foro y otra puerta en cada lateral. Es de día. En Madrid. Epoca actual. En primavera.

Al levantarse el telón están en escena Furciana y Urnieta, ayudantes del doctor. Urnieta, que es muy madrileño, manipula en una mesa llena de cacharros. Furciana hojea y mira unos periódicos.

FURCIANA.—También este periódico se ocupa de los éxitos de nuestro jefe.

URNIETA.—¿Qué periódico es?

FURCIANA.—“Toreros y Toros”. Aquí está. *Leyendo*. “El problema de la suerte de varas, resuelto.” ¿Quiere usted que se lo lea?

URNIETA.—Lea usted; me interesa.

FURCIANA.—*Leyendo*. “El ilustre y sabio histólogo, fisiólogo, genealólogo e inyectorólogo, don Cleofás Uthof y Kalaguaine, merced a uno de sus maravillosos inventos, acaba de resolver el problema de la suerte de varas. Con un preparado extraído de las glándulas obtusas de las tortugas elefantinas ha inyectado en la Plaza de Toros a varios de los jamelgos destinados al cruento sacrificio, y ha logrado que la piel de la parte baja del cuadrúpedo se endurezca de tal modo y adquiera tal consistencia pétrea, que una bala disparada a nueve pasos rebota en ella como si chocara contra una lámina de acero.”

URNIETA.—¡Señores, qué hombre!

FURCIANA.—“Este mismo preparado piensa aplicarlo a las espaldas de los picadores que se dejen, para lograr así la tortuga taurina o el anfibio desmontable.”

URNIETA.—¡Qué gracia! La concha de abajo en el caballo y la de encima en el piquero. ¡Lo que no se le ocurra a don Cleofás!...

FURCIANA.—Pues anda, que esto que añade... *Leyendo*. “En el caso de que lo de las conchas no prosperase, por parecer a todos un poco duro, decidido a velar por la preciosa vida de los indefensos caballos, tiene preparadas unas inyecciones caracolilianas para lograr que a los toros se les pongan los cuernos blandos.”

URNIETA.—¡¡¡Mi madre!!!

FURCIANA.—“Ante este anuncio, la Asociación de toreros ha enviado al señor Uthof el título de presidente honorario, y el aplaudido matador Rafael Gómez, Gallo, le ha enviado una botonadura de brillantes, la misma que le regaló a él en Juyqueijuiga (Perú) el presidente Chito Salcabamba. Enhorabuena.”

na o todos. Don Manué." *Dejando el periódico.* La verdad es que don Cleofás ha dejado a Voronoff en pañales.

URNIETA.—Menos que en pañales, Furciana. Con el atao del ombligo na más. ¡Qué genio de tío! ¡Cómo conoce las células humanas y cómo sabe lo que tiene que inyectarle a cada una pa transformarla en otra cosa. Ayer vino a consulta un guardia de la porra, que tenía un panadizo en el índice de la mano derecha; le examinó, le analizó, le inyectó no sé qué preparado vegetal de pepino de Logroño, remolacha blanca de Murcia y berenjena de Soria, y... ¡qué cosa más grande, Furciana! Hoy ha vuelto el gachó con el dedo del mismo tamaño y del mismo color que la porra que usa. Como que ya no la necesita. Cuando toca el pito, levanta el dedo y ya está. El karabón de la comodidad.

FURCIANA.—Pues hijo, tener que vivir toa la vida con ese dedo tan gordo...

URNIETA.—¡Anda! El está encantao. Y la mujer más todavía.

FURCIANA.—¿Eh?

URNIETA.—¿No ve usted que llevaba perdidas cinco porras?

FURCIANA.—Las ganas que tengo yo de que venga mi novio y se ponga en cura. ¡Es tan chiquito y tan reducido el pobre!

URNIETA.—Pues ya verá usted cómo se lo deja. Como que convierte los gorriones en faisanes. Lo que ha hecho con don Mauricio Calahorra, su primer ayudante, ha sido el prodigio de los prodigios. Un hombre con ochenta y seis años y con un reuma que daba tres pasos seguidos y pedía socorro, y a la quinta inyección de mono ha recobrado el vigor, la agilidad y la juventud de una manera que, vamos, yo no puedo verle sin reírme.

FURCIANA.—*Mirando hacia el foro.* Cuidao, que aquí llega. *Disimulan.*

MAURICIO.—*Entrando por la puerta del foro.* Hola...

FURCIANA.—Buenas tardes.

URNIETA.—Buenas, señor Calahorra.

MAURICIO.—*Que es un hombre con movimientos, agilidad y hasta un poco de cara de mono, pega un salto, se sienta en una mesa, adopta una postura de simio, se rasca y casca con las muelas una avellana.* ¿Ha venido mi chica?

URNIETA.—No, señor.

MAURICIO.—¿Quién hay en la sala de espera?

URNIETA.—Unas americanas que vienen a ver si don Cleofás las rejuvenece.

MAURICIO.—Sí; estaban citadas a las tres y media. *Saca el reloj del bolsillo, ráscándose a lo mico.* Ya no tardará el señor Uthof. ¿Está todo listo?

URNIETA.—Sí, señor. En ese cajón de madera están los conejos que pidió don Cleofás. En ese tarro están las hopodoxias de murciélogo que van a inyectarle a ese neurasténico, que le

ia dado por no salir de su casa de noche, y en este vaso, mezclados con veinte gramos de agua filtrada, están las dos sífonas de "pulpul". ¿No se llama así este preparado?

MAURICIO.—Sí; este es un invento mío. Quiero dar al maestro una gran sorpresa. Se trata de un preparado de glándulas de gallinas. Aquí está la esencia de mil doscientas gallináceas. Todas las que han matado durante tres meses en Turnié. Con esta preparación quiero conseguir que ponga huevos la perra danesa que tenemos en el patio.

URNIETA.—¡Don Mauricio!...

FURCIANA.—¿Pero será posible?

MAURICIO.—Ayer le puse la primera inyección y ya, en vez de ladrar, se ha pasado la noche cacareando. *Se tira al suelo como lo haría un mono.*

URNIETA.—No, si aquí vamos a terminar todos haciendo cosas muy raras.

MAURICIO.—*Saltando sobre otra mesa.* ¿Salió la esposa del doctor?... *Come otra avellana.*

FURCIANA.—No, señor; no ha salido.

MAURICIO.—*Suspirando dolorosamente.* ¡Ay!...

URNIETA.—*Confidencial.* ¿Pero es verdad que usted?...

MAURICIO.—Sí, Urnieta, sí; estoy loco por ella; pero, ¡ay!, sin esperanza de conseguir nada. El maestro le ha inyectado no sé qué y es de una monogamia irritante. ¡Ay, si yo pudiera!...

FURCIANA.—Es muy difícil traicionar a don Cleofás. El doctor, de algún tiempo a esta parte, tiene algo en los ojos que ascina, arrebatata, enloquece. *Suspira.* ¡Ay!...

MAURICIO.—Como que se ha inyectado iris de felino y litonias de gato casero, y desde entonces tiene en los ojos esa fosforescencia y ese magnetismo.

URNIETA.—¿Es de veras?

MAURICIO.—¿Pero no han notado ustedes que arquea el lomo, topa y hasta hace la carretilla como los gatos?

FURCIANA.—Es verdad.

MAURICIO.—No hay quien pueda con él. Tiene el secreto de las células. *Disponiéndose a hacer mutis de dos saltos.* Que pasen esas ancianas. Prepare la jeringuilla. Avisaré a los alumnos. *Mutis por la derecha de un brinco.*

URNIETA.—¡Como una cabra! Así está su hija de preocupada. En fin, dí a esos vejestorios que pasen. *Vase Furciana por el foro.* Esta es la mía. *Trasteando en un armario y sacando un tarrito.* Dijo ayer don Cleofás que con este preparado de pavo real se podía lograr una belleza deslumbradora, y eso es lo único que yo deseo, porque es que noto a mi mujer un poco distraída, y estoy de celoso que mondo. *Bebe el contenido del tarro.* Ahora echo aquí un poco de agua... *Rumor de voces dentro.* No me da tiempo, Dejaré el tarrito tumbao, como si se hubiera derramao él solo... *Lo hace y se va por la derecha.* ...

MUSICA

Entran en escena unas cuantas viejas de teatro: pelo blanco, gafas, bastón, etc., etc.

VIEJAS

Somos ancianas
muy cortesanas.
Somos de origen
guatemalteco.
Somos ancianas
americanas
americanas
y algo chalecos.
Alguien calcula
que ya estoy pocha
y que derrocho
porque estoy chocha
y se equivocó... cha,
que soy más chula
que veinte ochos
y la panocha.

Tosen fuertemente.

¡Dichosa tos!
¡Vaya por Dios!
Estoy fatal.
Esto es señal
de que el cordial
me sentó mal.
Hemos venido a ver
si este doctor Cleofás
que dicen que es un as
del s her,
nos da la juventud
y vuelve a nuestro ser
la salud.

Entran en escena varios lindos ayudantes, provistos de sus correspondientes jeringuillas.

AYUDANTES

Aquí están los ayudantes
que vienen con la inyección
y que van a ser causantes
de vuestra transformación.

LAS INYECCIONES, O EL DOCTOR CLEOFÁS UTHOF

VIEJAS

Qué ayudantes tan bonitos,
Su belleza me arrebató.

AYUDANTES

Dame la pata, lorito.
Lorito, dame la pata.
Que en el muslo he de pincharte,
por si la señal te queda.

VIEJAS

Pínchame tú, vida mía.
suceda lo que suceda.

Los ayudantes simulan ponerles la inyección.

¡Ay!

AYUDANTES

¡Ya!

VIEJAS

¡Ay lo que siento!
¡Ay, que me da!...

Se hace un obscuro, y al reaparecer la luz las viejas están transformadas en jóvenes, elegante y vaporosamente vestidas.

AYUDANTES

¡Voilà!...

JÓVENES

El esplendor ha vuelto a mí.
De nuevo soy la que antes fui.
¡Qué portentosa sensación!
¡Qué maravilla de inyección!

JÓVENES Y AYUDANTES

Con asombrosa rapidez
la juventud logró otra vez.
Cleofás Uthof es mucho más
que Barrabás y Satanás.

UNA JOVEN

Al verme mi Ladislao
me va a decir asombrao:

TODOS

¡Baltasara!

UNA JOVEN

Ay, dime lo que te han dao
que hasta tienes otra cara.

TODOS

¡Baltasara!
Inyéctame jocundez,
inyéctame y ya verás.
Clava la aguja otra vez,
otra vez y veinte más.

UNA JOVEN

Y al bailar el agarrao
va a decirme algún pasmao:

TODOS

¡Baltasara!

UNA JOVEN

Estás de un aglomerao
que me atufa y que me azara.

TODOS

¡Baltasara!

Inyéctame jocundez,
inyéctame y ya verás.
Clava la aguja otra vez,
otra vez y veinte más.

Hacen mutis, bailando, por la derecha.

HABLADO

FURCIANA.—*Por el fondo, anunciando a voces. ¡Don Cleofás ha llegado! Acercándose a la puerta de la izquierda. ¡Ha llegado el doctor!*

LOLA.—*Entrando en escena por la puerta indicada. Es joven y guapa. ¡El! ¡Por fin!*

CLEOFÁS.—*Entra por la puerta del foro, olímpica y magníficamente. Cleofás Uthof es un hombre como de veinticinco años, apuesto, elegante, de ojos fascinadores y largas pestañas. Tiene andar pausado de felino. Se acerca a las personas y se roza con ellas arqueando el lomo, lo mismo que los gatos, y cuando les. A un gesto suyo se marcha Furciana, suspirándole apasionadamente. A un gesto suyo se marcha Furciana, suspirándole apasionadamente.*

LOLA.—Cuánto has tardado, vida mía.

CLEOFÁS.—No me dejan vivir, Lola.

LOLA.—¿De dónde vienes ahora?

CLEOFÁS.—De casa de Marta, tu antigua doncella. Recordarás que su marido no quería mudarse al sótano de ahí enfrente, pretextando que era muy húmedo.

LOLA.—Sí, que tuviste tú que hacerle tomar no sé qué medicina para que simpatizara con los sitios lóbregos.

CLEOFÁS.—La rata-toponia.

LOLA.—¿Qué?

CLEOFÁS.—Un preparado de rata casera y topo del Canadá. Pero se conoce que se me fué la mano en lo de la rata, y ahora no solamente está encantado del sótano, sino que está haciendo una galería subterránea para ir a la oficina por la alcantarilla.

LOLA.—¿Dónde está colocado?

CLEOFÁS.—En el Metro.

LOLA.—Claro.

CLEOFÁS.—También he estado a ver a ese tenor andaluz que perdió la voz y a quien injerté tiroides de canario.

LOLA.—¿Y ha curado?

CLEOFÁS.—Está en vías de curación, porque al entrar yo estaba allí con varios paisanos y le sorprendí pidiendo unas cañitas.

LOLA.—*Amorósísima*. ¿Y te has acordado mucno de mí?

CLEOFÁS.—*Topándola*. Como siempre, amor mío.

LOLA.—Sin embargo, no sé qué te encuentro hoy...

CLEOFÁS.—Que no he dormido bien. Sentí calor a media noche, subí a la terraza y...

LOLA.—¿Es cierto que te has paseado por los tejados?

CLEOFÁS.—*Confuso*. Sí, me dió no sé qué... *Molesto*. ¿Quién te lo ha dicho? Seguramente habrá sido mi au... mi au...

LOLA.—¿Cómo?

CLEOFÁS.—Mi auxiliar, que no sabe guardar un secreto.

LOLA.—*Asustada*. ¿Pero?...

CLEOFÁS.—*Al ver a Furciana en la puerta del foro*. Calla.

FURCIANA.—¿Señor?

CLEOFÁS.—¿Qué hay, Furciana?

FURCIANA.—*Dándole una tarjeta*. Este caballero...

CLEOFÁS.—*Leyendo*. Tolomeo Guazueta... *Contentísimo*. ¡Caramba! ¡Mi mejor amigo! ¡Pero hombre! A *Furciana*. Que pase en seguida. *Vase Furciana por el foro*. Es Guazeta, el célebre pintor; un amigo de la niñez, a quien quiero como a un hermano. ¡Qué alegría tan grande!

LOLA.—Con él te dejo.

CLEOFÁS.—¿No quieres conocerle?...

LOLA.—No; sólo tú me importas en esta vida. Adiós, amor mío. Avisame cuando quedes solo. Adiós. *Mutis por la izquierda*.

CLEOFÁS.—*Viéndola ir*. Cómo se le notan las cuatro inyecciones de paloma y las dos de pava que le puse el otro día.

TOLOMEO.—*En la puerta del foro*. ¿Se puede?

CLEOFÁS.—¡Tolomeo!

TOLOMEO.—¡Cleofás! *Se abrazan*. Tolomeo tiene cincuenta años y una gran facha de artista. Déjame que te mire, hombre. ¡Qué bárbaro! Estás como hace treinta años. Claro, te habrás medicinado a tu gusto...

CLEOFÁS.—¡Figúrate! En cambio tú... Estás aviejadillo, Tolomeo.

TOLOMEO.—¿Cómo aviejadillo? Estoy hecho polvo, hombre. Si por eso yengo a verte. Hasta Guadalajara ha llegado la noticia de tus triunfos, y aunque yo no creo en muchos de los prodigios que te adjudican...

CLEOFÁS.—¡Hombre!...

TOLOMEO.—¡Es que te cuelgan cada disparate, Cleofás!... Dicen que tienes un cangrejo que compone relojes, y que has inyectado una vaca suiza en calamar.

CLEOFÁS.—Lo del cangrejo es una exageración; pero lo de la vaca es tan cierto como esa luz que nos ilumina.

TOLOMEO.—¿Que la has inyectado en calamar? Bueno, ¿y qué has conseguido con eso?

CLEOFÁS.—Pues sacarle diariamente cuarenta cuartillos de tinta.

TOLOMEO.—¡Mi madre! ¿Pero tinta de escribir?...

CLEOFÁS.—De escribir y de otros usos. Porque tú te desayunas un día con medio litro de esa leche, que yo llamo leche estilográfica, y a más de alimentarte y de nutrirte, al día siguiente no tienes ni una cana.

TOLOMEO.—¡Qué espanto!

CLEOFÁS.—Hace una semana he comenzado a hacer experimentos de esta clase y estoy obteniendo unos resultados verdaderamente admirables. Claro, como domino la geneantropía y la fileontropía y sé lo que hay de transformable en cada célula... Mira, tengo ahí dentro seis langostas haciendo crochet con las patas, que cada una me hace al día un chaleco de punto de esos tutankamescos.

TOLOMEO.—¡Caray!

CLEOFÁS.—Claro que el color amarillo no lo trabajan, porque al ver las madejas creen las pobrecillas que es mayonesa, y se asustan.

TOLOMEO.—Claro.

CLEOFÁS.—Y en cuanto a curas en las personas, hago milagros. Ayer entré en las Calatravas, y en la misma sacristía hice tres curas.

TOLOMEO.—Me llenas de esperanzas, querido Cleofás.

CLEOFÁS.—¿Qué te pasa a ti?

TOLOMEO.—Pues chico, que del olor al aguarrás he perdido el olfato.

CLEOFÁS.—¡Bah!

TOLOMEO.—Es que al perder el olfato he perdido también el paladar, y como ya a mis años no me queda otro placer que el de la mesa, pues estoy amargadísimo.

CLEOFÁS.—¡Vamos, hombre! Eso te lo curo yo en un momento. Te inyecto un gramo de fox-terriana, un preparado hecho con pituitaria de fox-terrier, que es el perro ventor más pituitoso que se conoce, y antes de cinco minutos hueles tú, desde aquí, lo que se guise en Los Burgaleses.

TOLOMEO.—¿Es de veras?... *Abrazándole.* ¡Cleofás!

CLEOFÁS.—Te quiero yo a ti mucho y no puedo consentir que vivas amargado.

TOLOMEO.—¿Pero tienes la seguridad?...

CLEOFÁS.—¡Por Dios!... Mira, yo estaba perdiendo la vista, me inyecté retina de gato y estoy que miro a Saturno y le veo los anillos, la leontina y el alfiler de corbata.

TOLOMEO.—¡Qué bárbaro!

CLEOFÁS.—Espera, voy a ver si hay aquí "fox-terriana". *Tras-*

tea en el armario. ¡Caramba! ¿Quién habrá vertido el tarro del "apis-muje"?

TOLOMEO.—¿Qué es eso?

CLEOFÁS.—Un preparado de toro que tenía aquí para inyectar a unos caracoles y obtener una raza de caracoles bravos. No, pues no hay aquí "fox-terriana". Aguarda. *Hace sonar un timbre.* Tiene que haber en el laboratorio, porque precisamente están inyectando a unos que quieren dedicarse a la policía particular... *Llamando a voces.* ¡¡Urnieta!!

TOLOMEO.—No te enfades, hombre.

CLEOFÁS.—No; si es que llamo al topiquero.

URNIETA.—*Entrando en escena como podría entrar un toro de Miura al que hubieran abierto el chiquero.* Muu...

CLEOFÁS.— { ¿Eh?

TOLOMEO.— }

URNIETA.—Muuuy buenas tardes. *Echa tierra atrás como los toros antes de embestir.*

TOLOMEO.—*Preocupado.* ¡Caray, qué tío!... *Saca un pañuelo rojo para secarse el sudor, y Urnieta se le arranca y se le acerca descompuesto.* ¡Mi madre!

URNIETA.—¿Decía usted?

TOLOMEO.—Yo, no; si yo no...

CLEOFÁS.—He sido yo quien ha llamado.

URNIETA.—Usted dirá.

CLEOFÁS.—Que preparen una inyección de un gramo de "fox-terriana".

URNIETA.—Sí, señor

CLEOFÁS.—Y diga a don Mau... Mauricio, mi au... mi auxiliar, que entretanto, deseo mostrar a este señor algunas de las transformaciones que tengo en cultivo.

URNIETA.—Sí, señor. *Pisotea a lo toro y cierra las puertas de un estante con la cabeza.*

CLEOFÁS.—¿Pero qué le pasa a usted, Urnieta?

URNIETA.—No lo sé, don Cleofás. Siento unos repentes, que cualquier cosa me alegra...

CLEOFÁS.—Ya sé que sufre mucho porque está celoso de su esposa.

URNIETA.—¿Yo?... ¡Vamos, hombre! ¡Pobrecilla!... Eso era antes. Que haga lo que le dé la gana. Para cuatro días que va uno a vivir... Y eso que me consta que hay un sirvergüenza que... Pero yo... ¡Bah! A mí... Muuuy buenas tardes. *Se va.*

CLEOFÁS.—¡Qué cosa tan rara!...

DOÑA CARMEN.—*Señora sexagenaria.* Por el foro. ¿Se puede?

CLEOFÁS.—Adelante, doña Carmen.

DOÑA CARMEN.—¿Ha venido mi padre?

CLEOFÁS.—Debe estar en el laboratorio; pase, si gusta.

DOÑA CARMEN.—Por Dios, don Cleofás; a ver si le riñe usted, porque tiene unas rarezas...

CLEOFÁS.—Mono... manías.

DOÑA CARMEN.—No entra en casa más que por el balcón, y en cuanto me descuido me suelta el pelo y empieza a espulgarme que es una fatiga.

CLEOFÁS.—Viendo a Mauricio que entra en escena por la derecha. Aquí lo tiene usted.

DOÑA CARMEN.—Hola, papá.

MAURICIO.—¿Qué hay, niña? *Se sienta encima de ella y la espulga.*

DOÑA CARMEN.—Que con arreglo a la nota que me dejó usted no sé a dónde mandar el paquete de las medicinas, si a Avila o a Avilés. ¿Qué dice aquí? *Le enseña un papelito.*

MAURICIO.—Avila; está clarísimo.

DOÑA CARMEN.—Como ahora le ha dado a usted por ponerle rabo a todas las letras...

MAURICIO.—*Sentándose de un brinco en una mesa.* Pues ya lo sabes: es Avila. Mándalo en seguida.

DOÑA CARMEN.—Sí, señor. Buenas tardes. Adiós, papá.

MAURICIO.—Adiós, hija. *Vase doña Carmen, a la que acompaña Mauricio hasta la puerta del foro.*

CLEOFÁS.—*A Tolomeo, por Mauricio.* Es uno de mis grandes éxitos, querido Tolomeo. *Toma por una oreja a Mauricio y baja con él al proscenio. En este momento se corre una cortina en el primer término, que oculta toda la escena.* Ochenta y dos años, cuatro inyecciones, y mira. *A Mauricio, por Tolomeo.* Hazle una gracia.

MAURICIO.—Me da vergüenza.

CLEOFÁS.—Hazle una gracia. *Mauricio se acerca a Tolomeo y le arranca un bolsillo de la americana.*

TOLOMEO.—*Aparte.* Pues no me ha hecho gracia.

CLEOFÁS.—*A Tolomeo.* Ahora voy a enseñarte varios de mis injertos de mujeres en flores. La mujer pensamiento, aunque no lo creas; la mujer tulipán, la mujer violeta, etc., etc. Aquí las tienes. *Se hace un obscuro, y al reaparecer la luz ha desaparecido la cortina del primer término. Sobre el fondo hay otra, verde, que oculta el decorado, transformando la escena.*

MÚSICA

PENSAMIENTO

Soy pensamiento de color
 en un mundo de fuego.
 Emblema soy de todo soñador.
 Soy una flor de grato olor,
 de dulce dulzor y ardor,
 una flor de luz y amor.

Soy pensamiento de morir
de amores,
y de perder, amando, la razón.
Vivir gozando el dulce bien
y marchitar
en las dulces horas del placer.

TULIPÁN

Flor que huele a gloria,
flor oriental, divina flor.
Flor que perfumando
cura tu mal y tu dolor.
Hoja de colores,
el tulipán encantador.
Flor que con su aroma
cura tu mal, si es de amor.

TODOS

Soy pensamiento de morir
de amores,
y de perder amando la razón.
Vivir gozando el dulce bien
y marchitar
en las dulces horas del placer.

Bailan. Al cesar la música vuelve a cerrarse la cortina del primer término, que se abre de nuevo a los pocos momentos, quedando la escena como al principio.

HABLADO

GLEOFÁS.—Ahora voy a presentarte a mi esposa. Ya verás: tiene algo de azucena, algo de paloma y algo también de pava. Gracias a estas mezclas he logrado en ella el apasionamiento y, al mismo tiempo, tal fidelidad, que para ella no hay en el mundo más hombre que yo. Nadie le interesa; nadie le gusta. La llevo al teatro y contemplo a los galanes con una indiferencia... Lo mismo le parece Santiago Artigas que Chicote. Te autorizo para que la chiclees. Verás lo que te contesta. *Llamando hacia la izquierda. ¡Lola! Entra Lola en escena.*

MÚSICA

TOLOMEO

Yo beso evortés sus pies.
¡Jesús, qué pies!

MAURICIO

También besaré
lo que se deje usted.

TOLOMEO

Ni aquí ni en París yo ví
mujer así.

LOLA

Nada quiero yo
con ustedes dos.
¡Ay, dejadme, por Dios!

CLEOFÁS

Sólo vive, pobrecita,
para ser mi Lola
 mía, mía sola.
Nadie, nadie me la quita.,
cómo se arrebola
 y se despepita.

TOLOMEO

Oiga, joven desdeñosa,
que no soy tan viejo
ni tan poca cosa.

CLEOFÁS

Nadie, nadie me la quita,
cómo me persigue y se despepita.

TOLOMEO Y MAURICIO

¡Ay, Lola!
¡Cómo me atortola!
¡Ay, Lola!
¡No doy pie con bola!
¡Ay, Lola!
¡Cómo se arrebola!
¡Ay, Lola!
¡Quiéreme a mi sola!

LOLA

Nada quiero yo
con ustedes dos.
¡Ay, dejadme por Dios!

Cesa la música, saliendo Lola de escena por la izquierda.

HABLADO

URNIETA.—*Entrando, como antes, por la derecha, con una jeringuilla en la mano y comiendo unas hojas de lechuga. Aquí está la "fox-terriana", don Cleofás. Tira una de las hojas a Mauricio.*

CLEOFÁS.—Déme usted. Hagamos cuanto antes la felicidad de este buen amigo, a quien quiero como a un hermano. Toma la jeringuilla, sin poder disimular un leve gesto de repugnancia.

TOLOMEO.—*Abrazándole. Gracias, Cleofás.*

CLEOFÁS.—Remángate el pantalón. Yo inyecto siempre en las piernas.

TOLOMEO.—Pues hala. *Le presenta la pierna derecha.*

MAURICIO.—*Desinfectándole el sitio que va a ser inyectado. Listo.*

CLEOFÁS.—Vamos. Te va a doler un poquito; pero pasa en seguida. *Le inyecta.*

TOLOMEO.—¡Ay!...*Algo perrunamente. ¡Guaj!... Tenue y perrunísimamente. ¡Hiiii!...*

CLEOFÁS.—No es para tanto, hombre. *Dando a Urnieta la jeringuilla. Limpie bien la jeringuilla y tenga siempre las agujas desinfectadas y aisladas de todo, pues ayer me encontré en el cajón de las agujas dos medias de seda.*

URNIETA.—*Estremeciéndose. ¿Dos medias en las agujas? ¡Por Dios, don Cleofás! Mire usted cómo se me han puesto los vellos.*

CLEOFÁS.—Ande, ande: a trabajar. Y que no suceda lo del otro día, que se pusieron ustedes a jugar al monte. *A un gesto de Urnieta.* ¿Va usted a decir que no? Me consta que había usted hecho con Furciana una vaquita.

URNIETA.—*Suspirando.* ¡Ay!... ¡Una vaquita! ¡Qué más quisiera yo! *Mutis por la derecha, cargado con Mauricio, que se sube de un salto.*

TOLOMEO.—Ahora que estamos solos te felicito, porque, chico, tienes una mujer que es un tocino del Riojano. ¿De dónde es?

CLEOFÁS.—De aquí, de Madrid. Es gata.

TOLOMEO.—¡Qué lástima! Ya me gusta menos.

CLEOFÁS.—¿Eh?

TOLOMEO.—A mí las mujeres de aquí, no...

CLEOFÁS.—¡Lo que sabrás tú! *Mirándole despectivamente.* Siempre fuiste un bicho raro...

TOLOMEO.—*Idem de idem.* No, que tú...

CLEOFÁS.—*Aparte, mirándole asqueado.* (Yo le tengo afecto; pero siempre fué un tío antipático...)

TOLOMEO.—*Idem de idem.* (No me acordaba yo de lo repulsivo que es este Cleofás...) *Levanta la pata.*

CLEOFÁS.—¿Molesta la pierna?

TOLOMEO.—Un poco; pero haciendo esto se me alivia...

CLEOFÁS.—Da un paseíto y se te quitará.

TOLOMEO.—*Paseando, olfateando, levantando la pata, etcétera.* ¿Sabes que empiezo a oler?... *Deteniéndose junto al cajón donde se supone que están los conejos, y ahogando un grito.* ¡Guaj!... Ya lo creo... *Olfatea y menea el sitio del rabo.*

CLEOFÁS.—*Nerviosísimo.* (No puedo remediarlo. Pierdo mi autoridad. Cada vez me pone más fu... fu... furioso.) *Mutis por la derecha, gateando.*

TOLOMEO.—¡Qué felicidad! Va a parecerme mentira el que...

DOROTEA.—*Por el foro.* Es guapa y elegante y trae en brazos un perrito. ¿Se puede?...

TOLOMEO.—*Al ver al perro.* ¡Guau!

DOROTEA.—Perdone que me cuele como Pier por su "meson"; pero es que sus criados no me han hecho caso ninguno. Cuando entré estaban viendo lo que hacía una perra danesa que tienen ustedes en el jardín. Parece ser que llegó el huevero con una cesta de huevos, puso la cesta en el suelo para llamar, y la perra se ha echado sobre la cesta, como si estuviera clueca, y no hay quién la separe de allí. Cuando le pegan cacarea. ¡Excuso decirle la tortilla que ha hecho!

TOLOMEO.—*Oliendo a la perrita.* Y...

DOROTEA.—¿Eh?...

TOLOMEO.—Digo que usted...

DOROTEA.—Me presentaré, puesto que no hay quien me presente. Yo soy la señora de Mata, de Tello Mata, ese saltador que

actúa en el Circo. Yo hago con mi marido un número que ya supondrá usted cuál es. Un número de saltos

TOLOMEO.—Usted ya vestida de boy, ¿no?

DOROTEA.—No; eso era antes. Antes iba de boy; pero ahora no voy de boy. Ahora salgo de malla. *Tolomeo vuelve a oler a la perra.* ¿Le gusta a usted la perrita?

TOLOMEO.—Muchísimo. *La acaricia.*

DOROTEA.—Pues la perrita es la que me trae. He oído decir que el doctor convierte los mosquitos en cigüeñas, y como para un número nuevo que he ideado necesito un perro mayor, y esta es tan lista, deseo que me convierta la perra chica en una perra grande. ¿Podrá ser? *Enseñándole la perra a Cleofás, que ha salido un momento antes por la derecha.* Vea usted.

CLEOFÁS.—*Furioso.* ¡Fuera! ¡Fu, fu... fuera!... ¡Yo no trabajo en perros! ¡Márchese!...

DOROTEA.—¡Por Dios!...

CLEOFÁS.—¡Fuera! *Cogiendo una silla para tirársela.* ¡Maldita!...

DOROTEA.—¡¡Ay!! *Se va por el foro.*

TOLOMEO.—¡¡Cleofás!! *Le sujeta.*

CLEOFÁS.—¡¡Déjame!!... ¡Soy un tigre!

TOLOMEO.—*Asqueado.* Qué mal hueles, Cleofás.

CLEOFÁS.—*Idem.* Pues no, que tú...

TOLOMEO.—Yo oleré a hombre; pero tú, tan afeitadito, tan perfumadito...

CLEOFÁS.—¿Qué piensas de mí, ingrato? *Echándole mano al cuello.* ¡Sinvergüenza: si te voy a arañar!

TOLOMEO.—¡Suéltame, que te muerdo, Cleofás! ¡Guá... guá... guárdate de mí!

CLEOFÁS.—¡Fu... fu...furcio! ¡Que eres un furcio!

TOLOMEO.—¡Gua... gua... guarro! *Se agarran como perro y gato.*

LOLA.—*Entrando en escena.* ¿Eh...? ¿Qué...? ¡Dios mío!... ¡Cleofás! ¡Ay!... *Cae desmayada en brazos de Cleofás.*

CLEOFÁS.—*Asustado.* ¡¡Ay!!... ¡Agua! ¡Un poco de agua! ¡Pronto!

TOLOMEO.—*Tomando el vaso que contiene las sifóneas de gallina y presentándoselo.* Toma.

CLEOFÁS.—¡Vida! ¡Mi Lola!... ¡Bebe!... *La obliga a beber.* Así... Un poco más... Eso. *Llamando.* ¡Urnieta!... ¡Mauricio!...

MAURICIO.—*Entrando en escena, seguido de Urnieta.* ¿Eh?... ¿Qué sucede, doctor?

URNIETA.—¿Qué ocurre?

CLEOFÁS.—Un ligero desmayo; pero ya se le va pasando. Ha bebido un poco de agua...

URNIETA.—*Al ver el vaso vacío.* ¡¡Mi madre!!

TODOS.—¿Qué?

URNIETA.—¡¡Se ha bebido las sifóneas de gallinas!!

MAURICIO.—¡¡Jesús!! ¡La esencia de mil dōscientas gallinas!

CLEOFÁS.—¡¡Maldición!!... ¡Pronto! ¡Un preparado contrario!... ¡Un antídoto!... ¡Dios mío! ¡Mi azucena con temperamento de mil doscientas gallinas!... ¡Estoy perdido!...

MAURICIO.—Ya vuelve.

LOLA.—*Abriendo los ojos y suspirando con cierto aire de zumba.* ¡Ay!... ¿Dónde estoy?...

MAURICIO.—¡Qué mujer!

TOLOMEO.—(¡Es una gachí!...)

LOLA.—*Arrojándose en los brazos de Tolomeo.* ¡Caballero!...

TOLOMEO.—¡Atiza!...

CLEOFÁS.—¡¡¡Lola!!!... *Medio se accidenta.*

LOLA.—*Como soñolienta.* ¿Eh? ¿Quién?... *Abrazando a Mauricio.* ¡¡Calahorra!!... ¡Lo que vale este Calahorra!...

URNIETA.—No vale un pimiento.

LOLA.—¡Simpático Urnieta...! *Le abraza.*

URNIETA.—*Bramando.* Muuu... chas gracias.

CLEOFÁS.—¡Ay, mi cabeza!... ¡¡¡Lola!!!

TOLOMEO.—*Acariciándola.* Vamos, señora, tranquilícese.

MAURICIO.—*Idem.* Sí, es lo mejor.

URNIETA.—*Idem.* Calma, calma.

LOLA.—¡Qué bien estoy ahora!

CLEOFÁS.—*Como loco.* ¡Mis libros!... ¡Una receta!... ¡Pronto!... ¡Algo que destruya estos efectos!... ¡Dios mío!... ¡¡Mil doscientas gallinas!!... ¡¡Socorro!!... *Saca varios libros de un armario y los repasa.*

MÚSICA

LOLA

Besa esta mano de tisú.

TOLOMEO

¡Guau, guau!

LOLA

Verás qué bien te sabe

URNIETA

¡Muuu, muuu!

LOLA

Dime, por Dios, ternezas tú.

TOLOMEO

¡Guauu, guau!

LOLA

Que calmen la inquietud en mí.

URNIETA

¡Muuu, muuu!

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

Mírame tú, bien mío.

CLEOFÁS

¡Fuuu, fuuu!

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

Que me da escalofrío.

CLEOFÁS

¡Fuuu, fuuu!

LOLA

Estoy que desvário.

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

¡Vida!

CLEOFÁS

No sé qué hacer, por mi salud.

LOLA

Bésame ya,
mi marido es lila.
Quiéreme tú
mientras se espabila.

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

No pienses en Cleofás
y ven conmigo, ven.

CLEOFÁS

Con un libro en la mano.

Este asegura que el iodo
la cura muy bien.

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

Quiéreme ya,
que Cleofás es lila.
Y el infeliz
ya no se espabila.

LOLA

Quiéreme, por favor,
que muero por amor.

CLEOFÁS

Como antes.

Y ahora asegura que el iodo
no cura, ¡¡qué horror!!

*Tira el libro. Por la derecha entran en escena cuatro ayu-
dantes, que apartan a los hombres y rodean a Lola.*

AYUDANTE

Mírame tú, bien mío.

LOS CUATRO

¡Fú, fú!

AYUDANTE

Que me da escalofrío.

LOS CUATRO

¡Fú, fú!

LOLA

Estoy que desvarío.

AYUDANTE

¡Vida!

CLEOFÁS

¡Maldita sea Voronoff!

LOLA Y AYUDANTE

Vámonos ya,
que Cleofás es lila.

Vámonos ya,
que no se espabila.

TOLOMEO, MAURICIO Y URNIETA

Pobre Cleofás Uthof,
lo mata Voronoff.

CLEOFÁS

Receta Orfila
cuarenta gorilas.
¡¡Qué horror!!

Los ayudantes, bailando, se llevan a Lola por la derecha.

HABLADO

CLEOFÁS.—*Con desaliento.* ¡No hay arreglo posible!... No puedo con ella. Son muchas gallinas... Según Voronoff, para este caso concreto harían falta ciento once monos y cuarenta y dos orangutanes. ¡Ira del infierno!... ¡Esa mujer!...

URNIETA.—¿Usted cree que acabará poniendo huevos, don Cleofás?

CLEOFÁS.—Poniéndolos, no sé; pero... ¡Ay de mí! *Por Tolomeo.* ¡Y ése tiene la culpa!

TOLOMEO.—¡Me alegro!

CLEOFÁS.—¡Canalla! ¡No te acerques a mis muebles, perro!

TOLOMEO.—A *Urnieta, que le sujeta.* ¡Suélteme usted, que lo voy a zamantear por el cogote!

CLEOFÁS.—A *Mauricio, que le sujeta también.* ¡Déjeme, que lo voy a hacer tiras! *Ladran y maullan.*

MAURICIO.—Vamos, don Cleofás, serénese. Comprendo su atribulación; pero hay que sobreponerse y buscar el alivio en la Ciencia. Prepárese un calmante heroico y apropiado a las circunstancias. Lo último es enfermar y morir.

CLEOFÁS.—Tiene usted razón. Lo último es enfermar y morir. seamos prácticos. Siento que hayan vertido las foliolas de bovino que había en un tarro...

URNIETA.—(¡Mi madre! Pero ¿qué he tomado yo?)

CLEOFÁS.—Pero no importa, Mauricio...

MAURICIO.—Señor.

CLEOFÁS.—Vierta en ese vaso cuatro ufendolias de ciervo salvaje, una columelia de cerdo americano y seis espangorcias de carncro australiano

MAURICIO.—*Conmovido.* ¡¡Don Cleofás!!...

CLEOFÁS.—*Sublime.* ¡Obedezca!...

MAURICIO.—Sea. *Echa en un vaso varias clases de líquidos.*

CLEOFÁS.—Se acabaron los celos, se acabó el coraje... ¡¡Se acabó el carbón!! A *Mauricio.* ¡Pronto! ¡Venga!... Un instante más y sería capaz de arrepentirme.

MAURICIO.—*Con el vaso en la mano.* Es que me...

CLEOFÁS.—Yo también me... me... *Apura de un trago el contenido del vaso.*

MAURICIO.—*Horrorizado. ¡Jesús!...*
CLEOFÁS.—*Casi berreando. Meee... he cortado las alas...*
TOLOMEO.—*A Urnieta. ¿Pero eso que ha bebido...?*
URNIETA.—*Dentro de un mes tiene hasta lana.*
TOLOMEO.—*¡Qué lástima! ¡Tan simpático!... Porque, vamos lo veo y me...*
CLEOFÁS.—*¡Tolomeo! ¡Hermano!*
TOLOMEO.—*¡¡Cleofás!! Se abrazan.*
CLEOFÁS.—*Ya te miro de otro modo. Estás en tu casa. Haz en los muebles lo que quieras.*

MÚSICA

Por el patio de butacas vuelve Lola acompañada de los ayudantes. Cleofás, entusiasmado, les aplaude.

CLEOFÁS.—*A Tolomeo, por Lola. Ahí viene. Mira qué bonita viene. ¡Qué me gusta que la agasajen!... Dirigiéndose al público. Para ustedes, señores; para el que la coja Yo ya me he... me he... cortado las alas...*

TODOS

Desde el escenario.

Inyéctame jocundez,
inyéctame y ya verás.
Clava la aguja otra vez,
otra vez y veinte más.

FINAL